

cediera á la razon el beneficio de una evidencia absoluta; pero por más que he buscado entre todos los sistemas científicos y filosóficos que merecen al presente el favor público, no me ha sido dable encontrar uno solo que exceda en claridad al símbolo cristiano.

Por ejemplo, ahí tenemos á un emancipador del espíritu humano, empuñando el martillo de la crítica para retocar la fisonomía de Cristo. Suprime el nimbo celeste que rodea la santa faz del Crucificado; substituye al hombre Dios, un hombre casi divino, y con esto presume haber reconciliado al cristianismo con la razon. Y sin embargo, la razon ofendida le contesta: Realmente, el misterio de un Dios hecho hombre es superior á mis fuerzas; pero una cristología que admite á un sábio desempeñando el papel de Dios, y á un santo echando mano de la superstición para alcanzar adoraciones idolátricas, me revuelve, y creo, para escapar á semejante creencia.

¿Y qué motivo puede alegar para excusarse esa mitología que considera únicamente como símbolos los dos hechos de la encarnacion y de la redencion? Ninguno más sino el de que su filosofía solo cree lo que se explica. Es decir, que elude un problema por medio de otro. ¿Por qué

si no en el momento en que tales hechos se cumplieron, encontrábase los pueblos dominados por fatídicos presentimientos? ¿Por qué si no, desde aquel día, los conquistadores marchando á pié desnudo y padeciendo el rigor del hambre, adelantaron hácia el centro del mundo con más rapidez que las legiones romanas? ¿Por qué, finalmente, la humanidad, al otro día de haberse realizado tales acontecimientos, se asemeja tan poco á la de la víspera, que no parece sino que han surgido nuevos cielos y tierras nuevas en el pensamiento de los mortales? Aun cuando en las lejanas nubes de lo pasado, aparecieran esas consecuencias, completamente separadas de su verdadera causa, formarían un misterio histórico ménos admirable que las sombras correspondientes de la teología.

Supóngase ahora que se trata de un panteísta orgulloso, que juzga más sencillo declarar se Dios, que adorar á un Dios verdadero. Pregúntese cómo puede concebirse que descubra en la piedra con que tropieza, en los vegetales que crecen en su huerta, y en los seres peores de la creacion, la divinidad que no sabe reconocer en el autor más exorbitante su maravilloso que el de la fé.

Ahora nos las hemos de haber con un natu-

ralista que no conociendo cosa alguna anterior á la fuerza y á la materia, no quiere oír hablar de la creacion del mundo. Mas si un mundo creado de la nada es para la razon motivo de admiracion y sorpresa, un mundo sin Creador le repugna. Nosotros, por lo ménos, cuando creemos en una causa actora, adoramos obscuridades lógicas, al paso que el atéo creyendo en un efecto sin causa, adorá un absurdo.

¡Quién no conoce á alguno de esos razonadores difíciles que se burlan de la inmortalidad segun el cristianismo, y que para simplificar, aceptan la inmortalidad segun la metempsicosis!

Así se explica el que los pensadores más puntillosos de la tierra sean frecuentemente los más supersticiosos, y que para corregir la seduccion infernal inseparable de la blasfemia, Dios condene á esta á creer más dificultades de las que ha resuelto.

Y si el blasfemo viola la razon cuando se apasiona por negaciones más oscuras que nuestras afirmaciones, con mayor motivo cuando alega objeciones que hacen oficio de pruebas. Por esto ha podido escribirse con verdadero éxito un libro que lleva por título: *Los apologistas involuntarios, ó la religion cristiana demostrada y*

*defendida por los ataques de sus propios enemigos.* De manera que así como los pilotos utilizan los vientos contrarios, han podido aprovecharse en beneficio de Dios las oposiciones de que es objeto.

Por ejemplo, ¿qué incrédulo hay que no haga un cargo á la religion por las sombras que la oscurecen?—no nos cansaríamos de repetir lo que, por más que se diga, jamás llegaré á comprenderse.—Semejante escándalo de espíritu no proviene en manera alguna de exigencia filosófica. Porque esas sombras no constituyen en manera alguna la noche, sino que son la parte de la esfera dogmática que se encuentra debajo de nuestro horizonte. Si el pensamiento humano lograra elevarse más, vería brillar el sol en los mismos puntos en que presume que se extingue. Tales sombras prueban pues únicamente una cosa; que el objeto de la creencia carece de límites, en tanto que el espíritu de los creyentes lo tiene. Acontece con el campo de la fé, lo que en el campo del eter; nada demuestra mejor su inmensidad, que la imposibilidad de abarcarlo con una sola mirada. De manera que en la religion todo, hasta ciertas obscuridades, engendra la luz; puesto que de ellas puede decirse lo que de Dios fué escrito que si no existieran seria menester inventarlas

Espíritus hay tambien que miran con más antipatia los hechos que los dógmas sobrenaturales. Y sin embargo, ño son el milagro y el misterio dos aspectos distintos de la misma economia que se justifican reciprocamente? Sin milagro, ¿qué medio quedaria á Dios para darse á conocer y al hombre para distinguir á Dios? Por consiguiente vosotros que menospreciáis al cristianismo á causa de lo sobrenatural de su historia, abusáis de tales premisas, porque yo soy cristiano, precisamente por la misma razon que á vosotros os impide serlo. De esta suerte me apodero de la negacion contra la misma negacion, y llego á la verdad con los argumentos del error.

Finalmente, ¿cuántos son los hombres que se obstinan en vivir irreligiosamente á causa de los abusos que existen en la práctica de la religion? Extraña filosofia es la que acabaria por decretar la abolicion de Dios, teniendo en cuenta únicamente el mal que algunas veces se realiza en nombre suyo. Esto recuerda á aquel loco que puso fuego á su casa á fin de destruir las arañas. Los que movidos por el ódio que las alianzas religiosas les inspiran proscriben la religion, deberian cambiar sus conclusiones. No quieren ser partícipes en una verdad que cuenta

criminales entre sus representantes: Juan Strafort, convertido por los desórdenes de la Iglesia, les contestará que cree en semejante verdad, principalmente, porque no puede perecer á consecuencia de los crímenes cometidos por sus representantes; y gracias á este cambio de frente, la defensa se apodera del enemigo en las mismas posiciones en que se estableciera por juzgarse inexpugnable en ellas. *Incidit in focum quam fecit.*

Resulta de lo dicho, que ora se la considere bajo la forma filosófica, ora bajo la relacion científica, la negacion contemporánea se ve reducida á disparatar siempre y cuando razona contra Dios. Sus ataques tienen á veces el valor implícito de una apología y llegado al término de este desenvolvimiento, puedo repetir en la lengua monumental de Bossuet: He levantado las murallas de Israel, con las ruinas de las fortalezas de Samaria.

### III

Las aspiraciones del corazon si son permanentes y universales, constituyen un órgano infali-

ble de la vision racional. Si la razon juzga sin esta luz interna, ó á pesar de ella, en lugar de hacerse independiente, se reduce y concluye contra ella misma. Ahora bien, la negacion especialista implica una suerte de barbarie, por lo mismo que es la eliminacion sistemática de ese gran testimonio de la naturaleza.

Y sin embargo, la naturaleza es la divinidad de aquellos que no tienen otra, y por lo que á mí toca, no me inscribo en falso contra el culto que le está consagrado, bajo la condicion de que será respetada en sus sentimientos, del mismo modo que en sus fenómenos, es decir en el hombre moral de propia manera que en sus demás manifestaciones. Por lo demás, Dios mismo no contraría á la naturaleza como no sea en sus desordenadas inclinaciones, y tundando sobre las demás la ley cristiana entera, hace servir su asentimiento de criterio á su verdad. Respecto del particular los hombres estuvieron siempre de acuerdo con Dios, puesto que comprenden que tocar á la naturaleza, es lo mismo que atacar la humanidad en los manantiales de su dignidad y de su vida: de aquí que los crímenes contra la naturaleza sean castigados de un modo particular por el código de los pueblos civilizados. Mas así como hay crímenes, existen tam-

bien ideas contra la naturaleza que *todo lo suprimen en el hombre, excepcion hecha del sentimiento de su miseria, y le conducen á la tumba entre la inquietud y el disgusto* (1). Doctrinas infames que es imposible que sean la verdad, por que esta jamás conduce á la deshonra ni á la desolacion.

Distingo con el nombre de ideas contra la naturaleza aquellas que, lógicamente, conducirían á la humanidad al suicidio, como hiciera de ellas su filosofía práctica. Segun este principio, ¿cuántos son los crímenes intelectuales de los cuales, por más que haga, no podrá sincerarse el especialismo científico? Por ejemplo, presume sacar conclusiones inofensivas, deduciendo de la fatalidad de las leyes físicas la negacion de la Providencia, y al hacerlo cometido un atentado contra la humanidad. En efecto: la humanidad le responde: Eres anti racional, en el mero hecho de ser anti-natural: no me es posible ver la necesidad ciega en los movimientos de este mundo, sin ahogarme bajo un cielo de plomo. Nada puede representar, ni siquiera dar idea de la tristeza del universo, en el punto y

hora en que queda vacío de la presencia y de las atenciones de su autor. Vosotros que explicáis las cosas para mi cuidad de explicarme con todo lo demás. Mientras yo sea un enigma, lo será el mundo. Vosotros no tenéis el derecho de arrebatarme las creencias que reclama todo mi ser, para imponerme la incredulidad que rechaza, y suscitar al hombre contra sí mismo: esto no es fuerza de razonamiento es violacion de la naturaleza.

Por consiguiente, no me diga el blasfemo de las causas finales: «la conformidad con el fin ha sido creada por el espíritu reflexivo, que admira un milagro que él mismo ha creado (1)» ni añada luego: «el plan en el universo no existe: no es más que mera apariencia: las fuerzas obran necesaria, ciegame te, y de su concurso resultan los seres. Creer que la naturaleza obra según un plan preconcebido, sería un error (2)» porque esto no son demostraciones formales, sino hipótesis crueles que, merced á la crueldad que las distingue, revisten el sello de lo inverosímil. ¡CÓMO Puede concebirse que una fuerza ciega

1 Kant.

De Jouvencel. El Génesis según la ciencia.

haya producido mi inteligencia; una fuerza sin corazón mi amor; una fuerza sin paternidad para su obra, esta tierna solicitud de los seres generadores en favor de su posteridad; una fuerza necesaria, en fin, esta noción de justicia que se rebela en mí ante la idea del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, alcanzando idéntica suerte y triturados bajo los dientes de hierro de la misma fatalidad? Y ¿cuándo fué que mi especie empezó á tener tales exigencias para las necesidades de su corazón? ¿En que época volverá la indiferencia del reino animal, respecto de semejantes cuestiones (\*)? Por consiguiente que me dé cuenta de mi naturaleza antes de trabajar en hacerme comprender el conjunto de las cosas, porque yo soy el instrumento necesario de mis propias observaciones y no puede haber razón explicativa que deje sumido en la sombra al que da la explicación.

No acontece así con el dógma de una causa inteligente. En tal caso, si en la naturaleza se observan aberraciones, vese con frecuencia que lo que choca como detalle, constituye una armonía en el conjunto, y que el desórden presente,

(\*) Véase la nota puesta al fin del capítulo.

convirtiéndose, mediante el progreso en orden en lo porvenir. En tal caso se vé en los monstruos una amplia economía, que estableció las leyes generales, sin contradecir á las causas segundas, ni la libertad humana en particular. En tal caso se vé en el dolor el fruto de nuestra libre corrupcion, providencialmente empleado por el autor de la humanidad, para evitar que se corrompa completamente. En tal caso distingo en lo más alto de los cielos un ojo que vela constantemente sobre mí; en cada beneficio resultante de la creacion una tierna solicitud, y en la creacion misma una casa paterna dentro de la cual, sea el que quiera el lugar en que me lamente, despierto ecos cariñosos, y una especie de seno amantísimo que me lleva entre sus amorosos brazos, que nada se parecen á un engranaje de metal. Y en cuanto á vosotros, víctimas de esa armonía poco comprendida ó poco amada, silencio! Comienza aquí; pero concluye en otra parte, léjos, muy léjos. Si os causa de vuestras lágrimas, será fuente de nuestras virtudes; cuanto menos os coaccida más os promete, porque la esperanza reconstruye la igualdad destruida por la desgracia. Mas si llega el caso de que sus párpados se humedezcan, guardarse muy bien de mirar á lo alto el adorador de un

gran todo inexorable y sordo: el gran todo le dió corazón, pero él no lo tiene; el gran todo le causó las heridas que le destrozan; pero carece de compasion; el gran todo permitió que cayera, pero no lo ve caido; por esto desafío al hombre á que ponga sin repugnancia la negacion de la Providencia como base de las cosas, convencido de que á medida que la ciencia va escribiendo semejante blasfemia, el corazón la borra y acusa á la ciencia de haberle engañado.

Hay tambien en la negacion de la inmortalidad un ultraje hecho á la naturaleza, que consiste en el dógma de la Providencia negando del lado allá de la tumba. Profesando semejante opinion se reduce la mejor porcion de la existencia, y se proporciona una segunda muerte. La nada no será jamás la esperanza de aquellos que respetan la naturaleza, sino la de los culpables que la deshonran. Por lo demás, si segun la conviccion del materialismo, el mundo es una obscura prision que jamás alegra la mirada de Dios, déjenos siquiera una esperanza para lo porvenir: el dolor tiene un derecho sagrado, incontrastable á pensar en el alivio que puede conseguir en el día de mañana; y la vida no deberia considerarse más que como una burla de la suerte, si durante las borrascas de que es juguete, no pue-

de distinguir en lontananza las playas de esa patria eterna en las cuales cada pasajero lanzará el ancla seguro de haber arribado á puerto de salvacion. En una palabra, en el mero hecho de existir, necesito imprescindiblemente del beneficio de la inmortalidad, pues de lo contrario mi existencia es motivo de vergüenza para su autor. Demostrada esta necesidad de la naturaleza moral, ¿qué es lo que para satisfacerla hace la negacion?

Apénas existe un sistema de incredulidad que afirme resueltamente la supervivencia del alma. No hay quien pueda decirnos en qué consiste el paraíso de la filosofía. Ora substituye á la inmortalidad de los individuos la inmortalidad de todo cuanto existe; ora reemplaza por medio de incessantes emigraciones las recompensas eternas que ha osado llamar *un delirio de los peregrinos*, y casi siempre hace del fin de la vida el fin de la personalidad; de donde resulta que conduce á nuestra destruccion por caminos con más ó menos franqueza revelados, y mata en masa á la humanidad en la tumba. Pues bien, lo afirmo sobre las entrañas infalibles de la humanidad, si la naturaleza se siente ultrajada, la vida es al par emponzoñada y reducida por semejante

doctrina; y lo que repugna á la rectitud del alma, es imposible que sea verdad.

Finalmente, ¿no hay tanto de bárbarie como de irreligion en la simple negacion de la plegaria? Fuerza es convenir en que discurren de un modo distinto, y áun al revés que la generalidad de los hombres, los que no clisifican entre las primeras necesidades de la desgracia, la de deshogarse en el seno de Dios. ¡Ay! ¿que es lo que puede proporcionarse á los que padecen, cuando no tienen más alivio que el de los lamentos? La sabiduría que niega el consuelo de las lagrimas al corazón lacerado por el dolor, es decir, la única felicidad de que puede disponer el que todas las ha perdido, no cuenta bastante con la naturaleza humana para imponerse á su fú.

En verdad que nuestra religion es eminentemente compasiva para esos venerables desolados; puesto que les da á besar al que por nosotros murió en la Cruz, les deja contemplar los dolores de su atribulada Madre, les ofrece el cielo en perspectiva, y les consuela casi con la misma eficacia que si no tuviera con que recomendarlos. Despues de haber fijado en esto la atencion, convertida hacia los aridos predicadores del libre pensamiento, y preguntados qué

cordial tienen reservado para el infortunio. La filosofía ha comenzado por negar el dolor, para eludir la dificultad de tenerlo que romper: más tarde ha pretendido desafiarlo y si se ha encontrado en sus filas con seres por demás sensibles, cuyas abundantes lágrimas no basta á contener la impasibilidad de Zenon, ni logran secar las seducciones de Epicuro se ha contentado con ofrecerles por todo consuelo una copa de veneno, dejando á su cuidado el que dedujera la última consecuencia.

De manera que así como la negacion conduce lógicamente á la abdicacion de la existencia, las blasfemias contienen implícitamente la desesperacion, y el ímpio, presa de inmensos dolores, se veria precisado á buscar el descanso en los abismos de la nada, si la autoridad de la naturaleza no prevaleciera en él sobre los extravíos de su pensamiento. En mi concepto no hay cosa alguna que pruebe mejor lo reducido del número de los verdaderos incrédulos, que lo limitado de los que rehusan la vida, habida consideracion á la inmensidad de los que no tienen porque mostrarse satisfechos de ella.

Lo opuesto á dicha tesis, es decir, la ventura de la naturaleza en la fé, no es en manera alguna una ficcion de la poesia cristiana. «Hijo

mio, exclama el autor del *Emilio*, despues de haber establecido los dogmas bienhechores de la existencia de Dios y de una vida futura, ojalá pudiesas un dia conocer el peso de que se siente el hombre aliviado, cuando despues de haber agotado lo vano de las humanas opiniones, y gustado la amargura de las pasiones, se encuentra, al cabo, tan al alcance de la mano, en la senda de la sabiduría, el precio de los afanes de esta vida y la fuente de felicidad de que habia ya desesperado. ¡Qué inmensa dicha la que resulta de sentirse formando parte de un sistema en el cual toda es bueno! Presa del dolor, lo sufro con paciencia considerando que es pasajero y que proviene de un cuerpo que no soy yo. Si llevo á cabo una buena accion sia testigos, sé que no falta quien la ve, y tomo acta para la vida futura de mi conducta en esta. Cuando soy víctima de una injusticia, digo para mí. El Sér justo que todo lo ordena, sabrá librarme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida me hacen la idea de la muerte más soportable; estos vinculos de méaos deberé romper cuando llegue el momento de abandonarlo todo (1).»

1 *Emilio*, tom. III, pág. 110.

Respecto del particular, más de una vez este célebre sofista confirmó con su conducta sus confesiones. Un día se encontró con Bernardino de Saint-Pierre, en el monte Valeriano, y después de un paseo campestre, entraron en la capilla de los ermitaños, en el momento en que estaban rezando las letanías de la Providencia. Impresionados por la tranquilidad del sitio y dominados por una emoción religiosa, los dos filósofos se hincaron de rodillas y unieron sus oraciones á las de los asistentes. Terminada la función religiosa, incorporóse Rousseau, diciéndole á su amigo: «Al presente experimento lo que se anuncia en el Evangelio: «Cuando muchos de vosotros se hallen reunidos en mi nombre, yo me encontraré en medio de ellos.» Aquí se respira una atmósfera de paz y bien estar que penetra hasta el fondo del alma.»

Tal es la naturaleza cuando se la toma tal cual es. Con razón se ha dicho que el corazón del verdadero creyente es una fiesta continuada; que disfruta más con lo que se prohíbe, que el incrédulo con lo que se permite; que hasta las lágrimas de la penitencia proporcionan más gozos que las faltas que dieron motivo á que se vertieran. Así se explica que el hombre vuelve de nuevo al Evangelio como al redil la oveja

descarriada, por la imposibilidad en que se halla de vivir sin él. Maupertuis ha formulado en favor del Cristianismo un pensamiento que vale toda una apología. «Si encuentro un sistema que baste por sí solo á llenar el deseo que tengo de ser dichoso, ¿no debo juzgarlo motivo poderoso y bastante para reconocerlo verdadero? ¿No debo creer que el que me conduce á la felicidad, no ha de querer engañarme?»

Solo una verdad fuerte como la naturaleza es capaz de evocar en su defensa testimonios tan desinteresados. Así es como se procedía en el siglo décimo octavo, cuando el hombre, no habiendo todavía descendido al rango de los animales, juzgaba llevar derechos y una regla fija en sus aspiraciones íntimas. ¿Qué contesta al presente la ciencia á la humanidad desolada por nuevas revelaciones? «¿No sería el colmo de la ridiculez el llorar como niños, porque nuestras tostadas no tienen la suficiente manteca (1)?»

Que un mono nada tenga que oponer á tales consuelos, se comprende; pero cuando se ha

contraído la costumbre de ofrecer á los que lloran la imágen de Cristo para que la besen, se sabe lo que estos piensan de esta filosofía desnaturalizada. Una repugnancia invencible le cierra la entrada de sus convicciones, y lo falso les es demostrado por la atrocidad de sus consecuencias.

## IV.

La moralidad es uno de los aspectos más venerables del hombre. Muchos de aquellos que niegan la verdad se inclinan en presencia de la virtud. Una buena accion es una de las cosas que están ménos sujetas á las contradicciones del espíritu, y este instinto está tan profundamente arraigado en nosotros, que Dios lo emplea como *criterio* para nuestros juicios especulativos. Para nosotros lo verdadero será siempre lo que produce el bien, del mismo que lo falso será siempre lo que nos corrompe. Según esta regla, el especialismo contemporáneo revisa los caracteres más indubitables del error,

puesto que es la teoría del mal. Prescinde completamente de la moral, y bajo este punto de vista tiene razon de sobras, porque si el hombre no es más que un fragmento consciente del gran todo, es Dios y el único Dios del universo, por consiguiente sus inclinaciones todas son legítimas, y su lucha contra sí mismo constituye un esfuerzo desordenado.

En otro concepto, si el hombre no es más que la parte más inteligente de un mundo compuesto de energías fatalmente combinadas, hállese fatalmente inducido á la comision del bien ó del mal, y por consiguiente no puede decirse que haya moralidad donde no existe libertad.

Finalmente, considerando la cuestion desde el punto de vista de la historia natural, puede tambien deducir la misma consecuencia la filosofía negativa. Cuando el hombre se considera como proveniente de Dios, débete mucho á Dios que es su padre, y á sus semejantes que, por lo mismo que proceden del mismo seno, son sus hermanos. La moral entera tiene su origen en esta creencia. Pero cuando el hombre reconoce sus antepasados en los animales, ¿por qué razon ha de considerarse obligado á guardarles consideraciones? Por esto variamos la regla de las costumbres al compás que vacilamos en nues-

tras creencias, y hemos de considerar una anomalía, sino es que constituye una quimera, la existencia de un hombre que careciendo de fé en su alma, se halle adornado de virtudes.

Con todo, respecto del particular, la parte adversa carece del valor suficiente para llegar á las últimas conclusiones: para declararse ateo, no debe hacerse gran violencia; pero no sabe resignarse al desairado papel de producir vicios únicamente, aun predicando virtudes. Tal es la razon de trabajar en constituir la moral independiente de toda la religion, para lo cual reemplaza los preceptos divinos, por la justicia innatamente é innata existente en el fondo de la humana conciencia; establece toda la teoría del deber en una sábia ponderacion entre los instintos egoistas y las tendencias altruistas del corazón, y cuando ha logrado realizar esta sacrilega paradoja del primer mandamiento, presume haber dado vida á una nueva moralidad, sin tener en cuenta que para ello ha prescindido de tres elementos indispensables, que son: un agente libre, una ley fija, y las sanciones suficientes.

La libertad moral es la condicion esencial de la moralidad, porque el vicio y la virtud no son más que actos orgánicos desde el momento en que caen bajo el régimen de las fuerzas morales.

nicas. Pues bien, segun la fisiología materialista, la condicion del hombre no es más que la que dejamos indicada: «Sus nervios, su sangre y sus instintos le conducen; sobreponese la rutina, la necesidad agujonea y la bestia avanza (1).» Consecuente consigo misma, esta doctrina establece en principio la negacion del libre albedrío, y considera al hombre moral como un producto provisto de las circunstancias ambientes que lo formaron; como una especie de autómata pensante, cuyas resoluciones cambian segun las influencias atmosféricas, cuya voluntad es juguete del temperamento y que sin pertenecerse á sí mismo reina sobre los demás seres.

Resultado de esto, la medicina legal sólo ve en el dia enfermos en la mayor parte de los criminales, al paso que ciertas escuelas filozóficas, dejándose llevar de la propia tendencia, reclaman la abolicion de la pena de muerte, por considerar á los asesinos como desgraciados más dignos de compasion que de castigo, y cubriendo de este modo con una máscara de filantropía la negacion implícita del alma y de su respon-

1 M. Talca.

sabilidad. Por un contraste sorprendente, los mismos teóricos que son contrarios á la pena de muerte aplicada por la justicia, defienden la imposición de la misma por el capricho popular y no tienen inconveniente en erigirse en voluntarios apologistas de esas empresas de destrucción y exterminio llamadas revoluciones. Sin embargo, esta consecuencia, más bien es aparente que real: cuando no quieren que se mate al que ha asesinado, es porque juzgan á este incapaz de obrar de otro modo; cuando rehabilitan á las naciones que se han sumergido en un mar de sangre, es por considerar que su estado pletórico, exigía esa especie de evacuación reparadora; mas en uno y otro caso, tenemos la afirmación implícita de la obligación moral y del libre albedrío, sometidos á las exigencias de la necesidad fisiológica.

Dados estos precedentes ya se comprende á qué se reduce la noción santa del deber. Si cada una de nuestras acciones es la resultante de la función fatal de nuestras facultades, todo lo que sucede es porque debe suceder, y todo cuanto se realiza pertenece á la esfera del bien porque no puede ser otra cosa. «El vicio y la virtud son meros productos como el azúcar y el vitriolo.» Así como el hígado segrega la bilis, el

cerebro segrega con el pensamiento el bien y el mal. No hay más razón para prohibir al hombre sanguinario el homicidio, que la que habría para exigir del tigre y de la pantera que sean compasivos. Y lo que pone el colmo de nuestra vergüenza en tan repugnante asimilación del hombre con la bestia, es que el hombre puede desoír hasta el extremo de violar las leyes de la naturaleza, en tanto que el bruto las respeta constantemente.

Y desde el instante en que el mal y el bien reales no existen, ¿qué significan las leyes y las represiones divinas ó sociales? Cuando no existe el crimen, los criminales no pueden existir. La impunidad es el derecho sagrado de los que nacen sin responsabilidad; por consiguiente no cabe más recurso que suprimir los jueces, derribar los patibulos, abolir los premios á la virtud suprimir todo castigo moral, en suma, convertir las cárceles y presidios en departamentos de los hospitales de alienados y de las casas de curación. «¿Y qué significa mi violación de la ley y vuestro derecho de castigar? Palabras, nada más que palabras. Mi delito es una irrisión, vuestro derecho de castigar no es más que una ironía añadida á una falsedad. Mi crimen es el efecto de una máquina que funciona; vuestro

derecho de castigar no es más que la fuerza de herirme. Mi acción coarta la vuestra, detenme: mi máquina estorba á la vuestra, vos sois más fuerte, destruidme; pero no me habéis de crímen, ni de castigo, ni de derecho, ni de pública vindicta. En todo esto no veo más que una máquina hecha pedazos por otra máquina que teme verse despedazada por aquella; una fiera destruida para evitar el verse por ella devorado; un loco que encarcelais temerosos de que en el paroxismo del furor os hiera ú os asesine (1)."

Lo más triste de semejante negación es que tiene complicidades simpáticas en los últimos rincones del corazón. Los pueblos y los hombres que han caído, admiten fácilmente la idea de que no eran libres de no caer, pues en esta fatalidad hallan una causa que excusa su caída. Por fortuna no creen en la fatalidad de sus virtudes tan fácilmente como en la de sus vicios, con lo cual el dogma de la libertad moral queda asegurado en sus convicciones. Cuando son viciosos, en vano protesta su conciencia contra la hipótesis de su propia servidumbre; en vano

1 El padre Fella. Negación materialista.

reclama la dignidad humana; en vano la historia con sus castigos y recompensas les muestra la prueba de lo contrario, inclínanse á creerse dominados por la fuerza, para confesarse vencidos por sus debilidades; pero cuando son heroicos no consienten que se les despoje de la gloria de sus esfuerzos en provecho de la necesidad. Jamás podrá persuadirse á la humanidad de que Régulo retroceda á Cartago; de que los mártires se ofrezcan á sus verdugos; de que los apóstoles vayan á buscar la muerte al otro lado de los mares; de que los solitarios se entierren en la Thebaida y de que los santos se mantengan castos y sufran toda suerte de mortificaciones, únicamente porque no pueden pasar por otro punto. La libertad de obrar bien, que en manera alguna podemos negar, siempre nos obligará á reconocer la de obrar el mal. Solo el hombre corrompido es el que no cree en el libre albedrío por lo mismo que abusa de él.

Bajo el imperio del dogma materialista el agente moral es pues incapaz de moralidad. ¿Será cierta la ley moral? Es esta sin embargo una segunda condición necesaria á toda acción de esta naturaleza, porque el agente es el sujeto y la ley es el objeto indispensable del deber. Yo bien sé que se ha escrito: Sólo hay una mo-

ral, al paso que existen muchas religiones, y estas son dos cosas distintas en teoría é inseparables en la práctica. Por más empeño que pone el positivismo en combinar sus preceptos *egoístas* y *altruistas* en proporciones exactas, fuera de toda creencia religiosa, jamás lograrí otra cosa que promulgar un decálogo bárbaro. La idea de Dios es indispensable para establecer la verdadera armonía entre la del yo y la del prójimo. Sin este intermediario, ó se destruyen ó se absorben hasta el punto de crearnos una dificultad mayor que la de llenar nuestro deber y es la de conocerlo.

Por esto la moralidad que se desprende de los recientes sistemas de historia natural es la ley del más fuerte. Despues de tantos años de una educación laboriosa, el mundo vuelve al punto de partida de que nos habla la Biblia con las palabras. *Lex justitiae nostrae fortitudo est* (1) Así como segun Darwin los séres débiles son sacrificados á los más vigorosos en la lucha por la vida y el crecimiento por seleccion, de la propia suerte, parece que entre los hombres, el dominio y el porvenir deben pertenecer

al despotismo de la fuerza. Prestemos atencion al código moral de los que quieren constituir la santidad basada en el ateísmo, y nos sorprenderemos de las disparatadas locuras de sus invenciones.

Por ejemplo: ¿son los mismos los derechos del yo en la anthropología egoista de Feuerbach, que las teorías altruistas de M. Littré? ¿El respeto debido al bien ajeno tiene el mismo sentido para el materialismo comunista y para el materialismo conservador? ¿El sexto mandamiento «no fornicar» se entiende del mismo modo por el ateo que tiene una hija que guardar, que por el que bajo este punto de vista no corre el menor riesgo? Finalmente, ¿se comprende de la propia manera la obligacion de no matar por la escuela política de Robespierre, que por los pacíficos sucesores de Augusto Compté? Es que en lugar de escribir: no hay más que una moral, existen varias religiones, debia haberse dicho: solo existe una moral verdadera; pero hay tantas morales como libre pensadores, y la unidad en la moral solo puede resultar de la unidad en la religion.

Los límites de la ley son pues indeterminables en el sistema positivista; pero con mayor razon son insuficientes las sanciones. Queda ya

apreciada en su verdadero valor la utopia que consiste en predicar la virtud por el amor que en sí misma inspira, abstraccion hecha de Dios, que queda eliminado de la cuestion, cual si fuera un problema insoluble.

Ciertos que el bien por el bien, sin esperanza de recompensa en este mundo ni en el otro, constituye una aspiracion tan noble como levantada; pero además de estas condiciones reúne las de ser incompleta y quimérica.

Nosotros tambien hacemos el bien por el bien; no por ese bien abstracto que no comprende la muchedumbre, y que bajo tan diversos aspectos consideran los filósofos; sino por ese bien concreto, personal, viviente que será eternamente el primero y necesario del mundo, Dios. Cuando el racionalismo señala el bien esencial como fin á los esfuerzos de la actividad humana, presume inventar una solucion, siendo así que no hace más que usurpar la nuestra desfigurándola.

¿Pero, es realmente cierto que el hombre pueda inmolarsé al bien sin estipular nada en provecho propio? ¿La vista de las penas y de las recompensas de nada ha de servir á las almas para la realizacion de toda la grandeza moral de que son capaces? Creerlo así, más bien que

conocer á nuestra especie, es adularla, y conducirla al precipicio por medio de la exaltacion. El ejemplo de la revolucion francesa no se borrará jamás: tambien ella creyó que la sociedad podía prescindir de esperanzas futuras; mas asustada al cabo de poco tiempo de su propia obra, debió proclamar la inmortalidad en medio de la tormenta. Con razon se ha dicho: negóse el infierno y surgió en medio de la Francia para dar testimonio de su existencia. Tal es la verdadera humanidad, sustituida á esa humanidad imaginada por los sofistas unas veces más grande, otra más pequeña que natural.

Convengo en que existen almas especiales á las cuales bastan las delectaciones del supremo bien: no se ha borrado de mi memoria la divisa de los perfectos: Amo por el solo placer de amar, *Amo ut amem*. Muchos son los santos que han llegado al colmo de la virtud, sin pensar ni en las penas ni en las recompensas venideras; mas es indispensable reconocer que estas son excepciones gloriosas. Por punto general la humanidad solo alcanza su poder moral abarcando en su fin al bien supremo y á sí misma: toda sancion desprovista de uno de esos móviles, es un punto de apoyo insuficiente para salvar el abismo que separa el mal de las grandes virtudes.

También sé que el materialismo alemán procura á prevención lavarse las manos, de los crímenes resultantes de su doctrina. «Si por esto tuviese el hombre que detenerse, dice, sería indispensable prohibir el uso de los fósforos por que puede ser causa de incendio; dictar órdenes de detención contra las locomotoras, porque pueden atropellar al viandante distraído, y prohibir que se levántaran casas de muchos pisos, para evitar que desde las ventanas superiores pudiese un habitante precipitarse á la calle (1).»

Los fósforos, las locomotoras, y las casas elevadas, son útiles por naturaleza; si dañan es solo por accidente; mas no acontece lo propio con las doctrinas materialistas: el bien que producen es imaginario; el mal que de ellas puede resultar no puede imaginarse. Suprimáranse aquellas y resultarían perjudicados muchos intereses; la destrucción de las segundas librería á la sociedad de un foco de disolución que la tiene en constante peligro. Los hombres están por demás interesados en no abusar de las cerillas fosfóricas, de las locomotoras y de las casas de más de un piso, porque en ello les va la vida. Tienen

1 Reclam. Mun. all.

también completo interés en declararse animales irresponsables porque con ello se proporcionan un lecho de flores para el logro de sus pasiones en este mundo y la seguridad de la inmortalidad eterna. Por esto los inventores de nuestros descubrimientos industriales serán clasificados entre los bienhechores del género humano, al paso que los propagadores del ateísmo deben considerarse como sus más terribles azotes.

Y no vale que opongan sus santos de laboratorio á los que nosotros invocamos, ni los mártires de la ciencia á los de la fé. Los dioses del positivismo dorados por la superficie, están interiormente devorados por los gusanos. Niegan los sacrificios evangélicos porque carecen de fuerza para reproducirlos, y en cierto modo cortan el deber á la medida de su egoísmo, para tener la ventaja de servir de modelo. Pero la historia que es un testigo incorruptible, ha puesto en evidencia las diferencias que existen entre los ejemplares formados por el orgullo y los que producen las sanciones divinas, y su deposición, respecto del particular, consiste en la vida de los santos del paganismo, escrita por Plutarco; en la de los del filosofismo, debida á la pluma de Bayle; y en la de los del cristia-

nismo, redactada por Godescard: la eleccion de la posteridad entre esas tres agiografias, jamás será dudosa, y si va á buscar á un lado temas oratorios, ó ejemplos de calma estóica á otro, de seguro se dirigirá al último siempre y cuando pretenda honrar los tipos de la verdadera moralidad.

Antihumano el especialismo científico, en sus radicales oposiciones á la dignidad, á la razon, al corazon y á la moralidad del hombre, en este mero hecho está convencido de error. Sí, nada hay que sea verdad si no lo es la naturaleza humana, puesto que ella es la que comprueba todas las verdades; cuando la ciencia hace abstraccion de esta parte de la naturaleza, para mejor juzgar de la otra, imita la locura de aquél que con achaque de ver mejor, comenzara por arrancarse los ojos.

#### NOTA.

Compaginado y dispuesto para la impresion el presente pliego, llega á nuestras manos una Revista bibliográfica en la cual dándose cuenta del volumen que con el título de MELANJES (Miscelánea) acaba de dar á luz M. Renan, se con-

tinúan los siguientes fragmentos del pretensioso prólogo que sirve de introduccion al mismo.

“El período que vamos á atravesar, puede y debe ser un período de libertad á la americana. .... Lo que tendremos podrá ser muy agradable, muy brillante y muy apetecible, con tal que no nos empeñemos en agregarle las ventajas de un gobierno fuerte. La república solo puede ser fuerte por medio del terror, y el terror está á mil leguas de nosotros. ....

“El partido conservador se deja llevar de alarmas pueriles, imaginando que nos hallamos en vísperas de escenas de saqueo y devastacion. No es la violencia lo que nos está reservado sino la molicie. La era que comienza podrá ser altamente provechosa para la iniciativa particular é individual; mas por lo que á la direccion de la alta política atañe, será un tiempo casi absolutamente perdido. Si no turban la paz los acontecimientos exteriores, podrémos ofrecer el espectáculo de una de las más ricas y variadas producciones que pueden imaginarse: mas en vano se buscaria en el fondo del mismo, el resquicio más insignificante de autoridad. La indulgencia universal lo permitirá todo, y con el transcurso del tiempo aparecerá un disolvente general, que acabará con todas las in-

fluencias superiores, siempre que procedan de una clase aristocrática, ó de grupos privilegiados.

“Semejante perspectiva no debe sin embargo infundirnos gran temor, porque, probablemente, todos los países vendrán sucesivamente á parar al estado á que nosotros hemos llegado. Los progresos de la reflexion en las muchedumbres, favorecidos por la generalizacion de la instruccion primaria, por el ejercicio de los derechos políticos, por los adelantos de la industria, y por el aumento de la riqueza, harán al individuo cada vez ménos apto para que realice los esfuerzos de abnegacion de que fueron testigos los tiempos pasados. La nacion vive de los sacrificios que por ella hacen los individuos; el egoismo siempre creciente, acabará por considerar insoportables las exigencias de una entidad metafísica que carece de personalidad determinada. Consecuencia de esto será el espectáculo de Europa entera contemplando con indiferencia el rebajamiento del espíritu nacional y de la idea de patria, que implican más de una preocupacion y de un error. La nacionalidad alemana, la última que se ha creado, resistirá durante más tiempo, gracias á sus recientes victorias y al singular instinto de sumision de la raza alemana; pero le

será imposible sustraerse á la influencia general y acabará por seguir el camino de las demás.”

Los fragmentos que preceden son al par contestacion categórica á las preguntas: “¿Cuándo fué que mi especie empezó á tener tales exigencias para las necesidades del corazon? ¿En qué época volverá á la indiferencia del reino animal respecto de semejantes cuestiones.” que herido en sus más nobles sentimientos se dirige el autor de la presente obra, y anuncio del porvenir que ofrecen á las sociedades los delirios del positivismo. En verdad que tiene bien poco de halagüeño, para los que sienten latir su corazon al impulso de los elevados sentimientos que inspiraron los hechos más culminantes por su sublimidad y grandeza que registra la historia, y siente arder en su pecho el fuego de la indignacion que brota ante la idea de la patria ultrajada y de las creencias escarnecidas. ¿De manera, que para llegar al supremo grado en la escala del progreso, hemos de ahogar en nosotros las aspiraciones más elevadas; que los nombres mágicos de patria, de nacionalidad, de grandeza y poderío, deben ser relegados al olvido y borrados de la mente humana, como factores de preocupacion y error; que el término de la civilizacion ha de ser un cosmopolitismo indifere-

ta, sin otro objetivo que la molicie más refinada, los goees más groseros, el materialismo más repugnante! ¡Es decir que el ideal que la humanidad persigue, y al cual decididamente le encaminan la generalización de la instrucción primaria, el ejercicio de los derechos políticos, los adelantos de la industria y el aumento de la riqueza, es la impasibilidad del reino animal; el estúpido indiferentismo del bruto! ¡Ah, cómo maldeciríamos de tales progresos y adelantos, si el que el positivismo supone, fuese realmente el término a que conducen!

¡Cómo lloraría la humanidad el haberse colocado en su senda, si la repugnancia invencible que tales conclusiones la inspiran, al cerrar su corazón á la admisión de tales despropósitos, no le advirtiera que «lo falso se demuestra por la atrocidad de sus consecuencias!» Nó; en tanto germinen en el corazón del hombre las santas creencias que son móvil de sus acciones más elevadas; en tanto tiña nuestras mejillas el rubor de la vergüenza, al sentir el honor mancillado, la altivez ofendida, la independencia ultrajada, en tanto signifiquen algo y despierten ecos, acaso adormecidos, pero en macera alguna apagados, los nombres de patria y nacionalidad, y arranquen voces de aplauso y simpa-

tía los grandes hechos que la historia nos ha legado como testimonio de alto ejemplo; en tanto el hombre no se haya envilecido hasta el punto de convertirse en bruto, no hemos de temer que sea realidad el porvenir que al mundo ofrecen los corifeos del positivismo, y los preconizadores del rebajamiento universal. Sus luctubraciones podrán ofrecer el valor implícito de una apología; mas, en último resultado, sus argumentos asestados contra la verdad, se volverán contra ellos, cediendo en beneficio de la propia verdad. *N. del T.*

PARA LA LIBRERIA DE LA EDUCACION

DE LA FE.

Dejamos probado que es un procedimiento  
 en alto grado pedagógico el que consiste en se-  
 guir la ciencia de la conciencia el conocimiento  
 to de los objetos exteriores del yo el estudio de  
 los fenómenos observables del sujeto observan-  
 to. El experimento a que nos referimos debe  
 a este fin ser un medio de adquisición  
 natural de la verdad y una fuente auténtica  
 de la ciencia. *11*